

go tiempo, demuestra cuán poco escrupuloso era su autor ¹⁾. De los ensayos de poesía erótica que el mismo Esquines menciona incidentalmente ²⁾, no ha llegado hasta nosotros ninguna otra noticia.

La antítesis de Esquines era el hombre que, perteneciendo á una de las más antiguas familias del Atica, la de los Eteobutades, esto es, la descendencia de Butes, en la cual era hereditario el sacerdocio de Poseidon, habíase conquistado grandísimo prestigio, nunca combatido ni por sus mismos enemigos políticos, gracias á su larga, desinteresada y feliz administración de la Hacienda pública ³⁾, y en general por toda su conducta. Este hombre se llamaba *Licurgo*: era hijo de Licofron, y tenía algunos años más que Demóstenes, pues que había nacido en la 96.^a Olimpiada. Lo que sobre todo hacía sobresalir á Licurgo, á quien con justicia se ha llamado uno de los hombres más probos de la antigüedad, era menos que grandes dotes oratorias, una honradez intachable, una gran nobleza de aspiraciones, y los relevantes servicios que á su patria había prestado. No sin razón se le ha comparado á Pericles ⁴⁾, ya por sus acertadas reformas en la administración de la Hacienda pública á la que, según parece, sólo eludiendo hábilmente la ley pudo consagrar su actividad durante doce años, ya también, por las construcciones que en esta época se emprendieron para embellecimiento de Atenas, y entre las cuales merece citarse la terminación del teatro de Dionysos. No es menos digno de nota por otro concepto, el interés que revela su moción acerca de las obras de los tres grandes trágicos ⁵⁾: para preservar los textos de las interpolaciones y falsificaciones que á menudo se permitían introducir en ellas

¹⁾ Es de igual suerte un anacronismo, la mención en la carta IV, de una estatua erigida al poeta Pindaro en Atenas. Véase Böckh, *Sobre las odas de Pindaro*, t. 2, p. 18 y 19.

²⁾ Discurso *Contra Timocreon*, § 135 y 136.

³⁾ No es este lugar oportuno para tratar más detenidamente de la duración y carácter de esta administración. Para las investigaciones más antiguas respecto á este punto, remitiremos al lector á lo que O. Müller ha dicho al hablar del discurso inaugural de F. Nissen, *De Lycurgi oratoris vita et rebus gestis*, Kiel, 1833, en los KLEINE SCHRIFTEN, vol. 1, p. 437 y ss. Véase U. Köhler, *Ein neues Aktenstück aus der Finanzverwaltung des Lykurg*, en el HERMES, vol. 1, p. 312 y ss.

⁴⁾ Véase Pausanias, I, 29, 16.

⁵⁾ Véase O. Korn, *De publico Aeschylis, Sophoclis, Euripidis fabularum exemplari Licurgo auctore confecto*, Bonn, 1863.

los actores, mandó hacer copias que sirvieran de base á la representación, bajo la vigilancia del escribano público. Esta medida parece tener cierta analogía con aquellas que, algunos siglos antes, fueron dictadas para las recitaciones de los rapsodas.

No merecen ciertamente más crédito que la gran mayoría de las noticias de análoga índole, las que sobre la educación de Licurgo se nos han transmitido. Ante todo, no deja de ser chocante la de que después de haber asistido á las lecciones de Platon, Licurgo se hizo discípulo de Isócrates ¹⁾; ni hay para qué hablar aquí de otras historietas que recuerdan en parte las contrariedades con que tuvo que luchar Demóstenes y los esfuerzos que hubo de hacer para vencerlas ²⁾. Aun cuando parece cierto que Licurgo no tenía gran facilidad de palabra, sería absurdo formarse de él una idea, que á lo sumo pudiera convenir á algún retórico de época posterior, pero de ninguna manera á un estadista práctico: con tanto más motivo, cuanto que el objeto de semejantes invenciones es claro y manifiesto.

De los quince discursos auténticos de Licurgo mencionados por los escritores antiguos, —de los cuales los que más de lamentar es que se hayan perdido son quizá aquellos en que el orador rendía cuentas de su administración ³⁾—, el dirigido *Contra Leocrates* es el único que ha llegado hasta nosotros. Como la arenga *Contra Autolico*, que se ha perdido, era éste la denuncia de una traición

¹⁾ *Vitae X oratorum*, p. 841, b: ἀκροατῆς δὲ γενόμενος Πλάτωνος... ταπρῶτα ἐφιλοσόφησεν, εἶτα καὶ Ἰσοκράτους... γνώριμος γενόμενος. Diógenes Laercio, 3, 46, cuenta á Licurgo entre los discípulos de Platon, invocando el testimonio de Chamaleón del Ponto y de Polemon. Por lo que hace á la noticia de Olimpodoro en su comentario al *Gorgias* de Platon, en el *Jahrb. Suppl.* de Jahn, 14, p. 395, donde llama á Demóstenes y Licurgo discípulos de Platon, y añade luego: καὶ πάλιν ὁ Φιλίσκος τὸν βίον γράφων τοῦ Δυκούργου, φησὶν, ὅτι μέγας γέγονε Δυκούργος, καὶ πολλὰ κατώρῳσεν, ἃ οὐκ ἔστι δυνατόν κατορθῶσαι, τὸν μὴ ἀκροασάμενον τῶν λόγων Πλάτωνος, ofrece no escasos motivos de sospecha. En primer lugar, ha de causarnos no poca extrañeza semejante aserto en labios de un discípulo de Isócrates; además es altamente inverosímil que Filisto, quien como dicen las *Vitae X oratorum*, p. 836, c, era un ἐταῖρος de Lysias, fuera anterior á Licurgo, cuya biografía pudo escribir.

²⁾ Véanse las *Vitae X oratorum*, p. 842, c: ἐμελέτα δὲ καὶ νυκτὸς καὶ ἡμέρας, οὐκ εὖ πρὸς τὰ αὐτοσχέδια πεφυκώς, κλινιδίου ἀντὶ ὑποκειμένου, ἐφ' ᾧ μόνον ἦν κῆριον καὶ προσκεφάλαιον, ὅπως ἐγείροιο ῥαδίως καὶ μελετώη.

³⁾ Según la hipótesis de Sauppe, el discurso citado por Harpocracion con el título de ἀπολογισμὸς ὧν πεπολιτεύεται, era el mismo que Suidas intitula ὑπὲρ τῶν εὐδυνῶν. Otro de asunto análogo, lo denomina περὶ διοικήσεως.

(εἰσαγγελία προδοσίας) cometida por Leocrates con circunstancias análogas á las de la hecha por aquél ¹⁾. Después de la desgraciada batalla de Queronea, Leocrates, tímido y cobarde, huyó de Atenas. Sus esperanzas de poder volver impunemente á su patria después de un destierro de siete años, pasado parte en Rodas y parte en Megara, quedaron burladas, pues que sólo por empate logró librarse del castigo que para él había pedido Licurgo. Así como bajo el punto de vista estrictamente jurídico échanse de menos en este discurso fundamentos sólidos y persuasivos, así también bajo el punto de vista retórico adolece de innegables defectos. No sólo su plan no está en armonía con el gusto literario moderno, porque en buena parte consiste en la aglomeración de ejemplos tomados de los tiempos míticos ó de los históricos, cuya uniformidad acaba por fatigar la atención del lector, sino que su forma además, es lánguida y pesada: ni los períodos están redondeados, ni la construcción resulta agradable. Es evidente que Licurgo no dominaba la forma como otros oradores. En cambio son dignos de incondicional encomio, los sentimientos que en todas y cada una de sus partes revela esta arenga. Su concepto de los deberes para con la patria, es verdaderamente ideal, aunque desde el punto de vista práctico era quizá exigir demasiado. Esta alteza de miras, sin embargo, sólo agrada cuando el orador, contra lo que es general y corriente, no desciende nunca á cosas ajenas al asunto de su discurso.

La escasez de dotes oratorias que en comparación con otros oradores contemporáneos suyos ó más antiguos, distinguía á Licurgo, no pasó desapercibida para los críticos de la antigüedad; los cuales si hacen resaltar su amor á la verdad, su moralidad y honradez más severas, y la general confianza que por efecto de estas mismas cualidades inspiraba, censuran en cambio con razon, los defectos de forma, su dicción poco agradable, la aspereza de sus metáforas y sus numerosas digresiones ²⁾. Resultan de tanto peor gusto las personificaciones que se encuentran en dos distintos pasajes de su obra, cuanto que son en parte los mismos asuntos á

¹⁾ Véase Licurgo, oración *Contra Leocrates*, § 53, y Harpocracion, vide *Αὐτόλοχος*.

²⁾ Dionisio de Halicarnaso, *Vet. script. cens.*, 5, 3: ὁ δὲ Λυκοῦργός ἐστι διὰ παντὸς ἀξιοπρεπὴς καὶ διηρημένος καὶ σεμνὸς καὶ ὅλος κατηγορικὸς καὶ φιλαλήθης καὶ παρρησιαστικὸς· οὐ μὴν ἀστεῖος οὐδὲ ἠδύς, ἀλλ' ἀναγκαῖος. Aun más severamente lo juzga Hermógenes, *De ideis*, 2, p. 416.

los que en ellos imprime animación y vida ¹⁾; por otro lado, las extensas citas poéticas que Licurgo hace en su discurso ²⁾, muestran bien á las claras su falta de inventiva.

Si en la colección de biografías de los diez oradores, se guarda, como parece verosímil, un orden cronológico riguroso, es de creer que *Hipérides*, cuyas dotes oratorias eran indudablemente muy superiores á las de Licurgo, naciese después que Demóstenes. Mas aunque la diferencia de edad no era entre ellos considerable, sus respectivos caracteres eran tan distintos como la índole de su elocuencia.

Como Demóstenes, pertenecía Hipérides á una familia acomodada. Según parece fué educado con gran esmero para la carrera de orador, si bien acerca de esto no tenemos más noticias concretas que la de que fué discípulo de Isócrates y de Platon ³⁾. Como logógrafo, desarrolló maravillosa actividad; pero casi tan numerosos, como las oraciones que escribió para otros, son los discursos civiles y políticos que pronunció. En política figuró siempre entre los más exaltados patriotas. Sólo esto explica su franco rompimiento con Demóstenes en la cuestión de Harpalo, á consecuencia de lo cual, Hipérides entró á dirigir la política de Atenas, que verosímilmente continuó dirigiendo también después del regreso de Demóstenes. La sublevación de los atenienses á la muerte de Alejandro, que tan triste y rápido fin había de tener en la llamada guerra de Lamia, respondió á las vehemencias de su ardiente temperamento. La suerte que le cupo después de la derrota, fué aun más triste que la de Demóstenes: hecho prisionero por Archias, llamado «el cazador de fugitivos», cuéntase que le cortaron la lengua y que fué ejecutado en Cleone por orden de Antípatro ⁴⁾.

Aunque adornado de brillantes dotes naturales, Hipérides era

¹⁾ § 44 y 150.

²⁾ La *ῥῆσις* de Eurípides, que se halla en el § 100, no cuenta menos de cincuenta y cinco versos. Citanse además seis versos de Homero en el § 103, una elegía de Tirteo en treinta y dos versos en el § 107 y dos epigramas en el § 109.

³⁾ Filóstrato en la *Vita Sophoclis*, 1, 17, 4, lo cita como el discípulo más notable de Isócrates.

⁴⁾ Lo mismo acerca del lugar en que fué hecho prisionero—según unos lo fué en el templo de Demeter en Hermiona, y según otros en el santuario de Eaco en Egina—que respecto á las circunstancias y pormenores de su muerte, hay gran diversidad de opiniones.

bajo todos aspectos, inferior á Demóstenes. De aquella moderación que constituía un rasgo sobresaliente de este último, no encontramos huella alguna en el primero; pues aunque sin engolfarse en los deleites corporales, estaba muy lejos de desdeñarlos. Hombre vividor en el sentido más amplio de la palabra, aparece Hipérides como el representante de aquella tendencia que poco tiempo después había de encontrar su expresión filosófica en la doctrina de Epicuro. La vida voluptuosa de que parece alardeaba, provocó á menudo las sátiras de los poetas cómicos. Sus paseos matinales por el mercado de pescados, su propensión á la glotonería y su amor al juego de dados, proporcionaban sobrada materia para aquellas burlas ¹⁾. Pero su conducta era bajo otro aspecto aun más censurable: de ser ciertas las noticias tomadas de fuente en realidad no muy segura, Hipérides tenía á un tiempo nada menos que tres amantes, una en sus posesiones de Eleusis, otra en el Pireo, y la tercera en su casa de Atenas, de la cual, por lo mismo, alejó á su hijo Glausipo ²⁾. Parece además, que sentía viva pasión por la célebre meretriz Frine. El mismo Hipérides parece haber hablado de ello franca y abiertamente en el discurso ³⁾ que pronunció en su defensa, combatiendo la acusación de impiedad presentada contra ella por Eutias. Este proceso, en el que, según parece, el discurso del acusador no lo compuso el mismo Eutias sino Anaximenes de Lampsaco ⁴⁾, llegó á hacerse célebre por el recurso final que se dice empleó Hipérides: viéndolo el orador que sus argumentos eran ineficaces, hizo entrar

¹⁾ Además del pasaje citado en el cap. XLVI, p. 216 del presente tomo, véase el de Timocles, en Ateneo, 8, p. 342, a, donde nombra los que se suponía que habían recibido dinero de Harpalo, y en el cual dice de Hipérides:

A. ὁ τ' ἐν λόγοισι δεινὸς Ὑπερίδης ἔχει.
B. τοὺς ἰχθυοπώλας οὗτος ἡμῶν πλουτιεῖ
ὀψοφάγος, ὥστε τοὺς λάρους εἶναι Σύρους

aludiendo al hecho de que los sirios se abstendían de comer pescados. *Ibid.*: Φιλέταιρος δ' ἐν Ἀσκληπιῶ τὸν Ὑπερίδην πρὸς τῷ ὀψοφαγεῖν καὶ κυβεῦεν αὐτὸν φησι.

²⁾ Idomeneo, en Ateneo, 13, p. 590, c.

³⁾ Ateneo, *loc. cit.*, d.

⁴⁾ Harpocracion, *vide* Εὐθίας... τῶν ἐπὶ συκοφαντίᾳ διαβεβλημένων ἦν ὁ Εὐθίας· τὸν μέντοι λόγον αὐτῷ τὸν κατὰ Φρύνης Ἀναξιμένην πεποιηκέναι φησὶν Ἑρμιππος. Ateneo, 13, p. 591, e, cita como garantía de esta noticia, la autoridad del periegete Diodoro.

á la acusada, y rasgando el manto que la cubría, pidió compasión para ella á los jueces. Aunque á menudo referida por los escritores posteriores ¹⁾, es de creer que esta escena no llegara á realizarse. De todas suertes, es muy distinta la descripción que de ella nos trasmite el poeta cómico Poseidipo, muy cercano á dicha época, y según el cual, Frine solo logró salvar su vida, tendiendo la mano á cada uno de los jueces, y vertiendo abundantes lágrimas ²⁾.

Gracias á la feliz casualidad que hizo que en la época moderna se encontraran varios discursos de Hipérides, conocemos por sus propias declaraciones los primeros pasos de su carrera política. «No,—dice en el discurso *Para Euxenipo*, dirigiéndose á su adversario—no creo que debas obrar como obras, y yo mismo he seguido muy distinta conducta. Hasta hoy, no he exigido responsabilidad alguna ante los tribunales á ningún ciudadano ajeno en absoluto al gobierno y administración de la República; sino que antes bien les ayudé siempre con todas mis fuerzas. ¿Quiénes, si no, son las personas á quienes yo he acusado?: Aristofon de Azenia, hoy uno de los estadistas más influyentes, y el cual debió su absolución á una mayoría de dos votos; Diopites de Esfecia, según parece uno de nuestros conciudadanos más temibles; y finalmente, Filócrates de Agnusia, el cual ha dado muestras de una insolencia inaudita en la dirección de los negocios públicos; yo le he exigido responsabilidad de los servicios prestados por él á Filipo, presentando en contra suya una acusación justa y arreglada al texto de la ley» ³⁾.

Por lo demás, á las acusaciones que, no sin cierto orgullo, cita Hipérides en este discurso, había precedido otra *Contra Autocles*, la cual, según todas las probabilidades, habíala compuesto para Apolodoro. De este discurso verosíblemente escrito poco después del año 361 a. Chr., se conserva, entre otros fragmentos, una alusión á la sentencia de Sócrates; pues para demostrar que debía exigirse al acusado responsabilidad por sus arengas, re-

¹⁾ Estos pasajes han sido coleccionados por Sauppe, *Or. att.*, entre los fragmentos de Hipérides, núm. 218.

²⁾ Ateneo, 13, p. 591, e:

καὶ τῶν δικαστῶν κατ' ἓνα δεξιουμένη
μετὰ δακρύων διέσωσε τὴν ψυχὴν μόλις.

³⁾ Discurso *Para Euxenipo*, § 27 y 28.

cuerda que también Sócrates había sido condenado por sus discursos ¹⁾; declaración indisculpable, en la forma al menos en que nos ha sido transmitida, si Hipérides, como algunos aseguran, hubiera sido discípulo de Platon.

Coetánea del discurso de Demóstenes *Contra Leptines*, fué la acusación de aquel Aristofon, de quien Esquines dice que podía vanagloriarse de haber salido felizmente de setenta y cinco procesos por violaciones de la ley ²⁾. La acusación contra Filócrates, fué como un prelude de la formulada por Demóstenes contra Esquines, sobre la traición de la embajada ³⁾. Lo mismo que en esta coyuntura, vemos á Hipérides figurar en otras al lado de Demóstenes: él fué quien después de la batalla de Queronea presentó la proposición, á menudo citada, con que dió muestras de poseer aquellos sentimientos de que él mismo hablaba en un discurso pronunciado probablemente poco tiempo después. «Los hombres temerarios, decía, obran siempre sin reflexión; los valerosos afrontan serenos y tranquilos los peligros que les amenazan» ⁴⁾. Hipérides era de los oradores cuya extradición había pedido el rey de Macedonia. Como Demóstenes, el cual recuerda en su discurso *Por la Corona* de qué manera en aquel tiempo era cada día objeto de nuevas acusaciones ⁵⁾, vióse también expuesto Hipérides á los ataques del partido macedónico. Entre sus acusadores figuraba Aristógiton, el mismo contra quien iban dirigidas las dos oraciones falsamente atribuidas á Demóstenes ⁶⁾. La proposición antes citada fué el motivo de esta acusación. Aunque según la letra de la ley, la querrela estaba justificada, circuns-

¹⁾ Greg. Cor., *Schol. ad Hermog.*, t. 7, p. 1148 de Walz: 'Υπερίδης ἐν τῷ κατ' Αὐτοκλήους εἰπὼν, ὅτι τοῦτον ἐπὶ λόγοις δεῖ κολάσαι, τίθεισιν ὅμοιον ὅτι καὶ Σωκράτην οἱ πρόγονοι ἡμῶν ἐπὶ λόγοις ἐκόλαζον.

²⁾ Discurso *Contra Ctesifon*, § 194. Tipo perfectamente opuesto á este, era Céfalo, el cual jamás había sido citado ante los tribunales.

³⁾ Véase Demóstenes, discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 116.

⁴⁾ Suidas, *vide* *Σρασύς*... 'Υπερίδης φησὶν ἐν τῷ Κυβνιακῷ (véase Licurgo, oración *Contra Leocrates*, § 42, y las *Vitae X oratorum*, p. 852, b) „οἱ μὲν Σρασεῖς ἄνευ λογισμοῦ πάντα πράττουσιν, οἱ δὲ Σαρραλεῖοι μετὰ λογισμοῦ τοὺς προσπεσόντας κινδύνους ἀνέκπληκτοι ὑπομένουσιν“.

⁵⁾ § 249.

⁶⁾ Reiske intentó reclamar para Hipérides la paternidad del primero de estos discursos. Posteriormente Cobet ha aceptado y procurado difundir de nuevo esta hipótesis. Sus argumentos, sin embargo, no son convincentes. Véase la *Miscell. crit.*, p. 559 y ss.: *Novae lectt.*, p. 225.

tancias inherentes á la personalidad de su adversario daban á Hipérides inmensa ventaja. No sólo era aquél hijo de un hombre condenado á muerte, á quien Aristógiton hizo morir de hambre en Eretria, donde se había refugiado, y de una mujer que, nacida esclava y habiendo adquirido después la libertad, cayó de nuevo en esclavitud, sino que él, por su parte, había llevado siempre una vida vergonzosa y torpe. Hasta cierto punto, las relaciones que mediaban entre Hipérides y Aristógiton, no dejaban de tener cierta analogía con las en que se hallaban Demóstenes y Esquines. De aquí que Hipérides, sin entrar en la cuestión de derecho, diese á su defensa un giro completamente extraño al asunto que se debatía. «¿Por qué?», exclama en un pasaje á menudo citado con elogio ¹⁾; «¿por qué pides incesantemente mi condena, dirigiéndome estas preguntas?: ¿Has propuesto la libertad de los esclavos?—La he propuesto para que los libres no caigan en esclavitud.—¿Has pedido el regreso de los desterrados?—Lo he pedido para que nadie sea condenado á destierro.—¿Por consiguiente te has hecho superior á las leyes que prohibían ambas cosas?—No podía obrar de otra manera, porque á sus preceptos se oponían las armas de los macedonios.—No, no he sido yo quien ha escrito la proposición, sino la batalla de Queronea.» Como el discurso *Por la Corona*, contenía también el de Hipérides una pintura de la impresión que en Atenas produjo la noticia de la toma de Elatea; mas, según testimonio de un retórico posterior, era inferior á la de Demóstenes ²⁾.

De esta misma época, y de todas suertes anterior á la muerte de Filipo, es una arenga de Hipérides *Contra Démades*. A propósito de la pregunta de Plutarco ³⁾ sobre si Solon, Licurgo y Pitaco, contestaban á sus adversarios con declamaciones tan injuriosas como las que Demóstenes disparaba contra Esquines, é Hipérides contra Démades, debe recordarse, por lo menos en lo que á Pitaco se refiere, las sátiras contra él dirigidas por Alceo ⁴⁾ para demostrar que el odio político se manifestó en todo tiempo cruda y francamente entre los griegos. Excepción hecha de un

¹⁾ Rutilius Lupus, *De figuris*, 1, 19; *Vitae X oratorum*, p. 849, a, y en otros lugares.

²⁾ Theon, *Progymn.*, t. 1, p. 167 de Walz.

³⁾ *Præcepta polit.*, c. 14, 16.

⁴⁾ Véase el tomo I, pág. 268 de la presente obra.

pasaje en que Hipérides compara á su adversario con una víbora ¹⁾, no se ha conservado nada de este género del discurso *Contra Démades*; el epílogo, en cambio, cítase frecuentemente como modelo de recapitulación. «La proposición presentada por Démades no contiene los verdaderos motivos que hacen á Eutícrates —uno de los traidores de Olinto— merecedor de que se le conceda la progenie. Mas yo quiero señalaros en una nueva proposición, las razones que existen para que le sea otorgada. Eutícrates es digno de la progenie, porque con palabras y hechos ha defendido los intereses de Filipo; porque de esta manera ha causado la ruina de los calcidios; porque después de la toma de Olinto ha tasado el valor de los prisioneros; porque en la cuestión de Delos combatió las pretensiones de Atenas; porque después de la batalla de Queronea no hizo enterrar á ningún muerto, ni redimir á ningún prisionero ²⁾».

Entre los discursos posteriores de Hipérides, el pronunciado *Contra Demóstenes* en la cuestión de Harpalo, pertenece á los descubiertos en su mayor parte modernamente. También este se distingue por una dureza y una desconsideración, que en realidad no hacían gran honor al carácter de Hipérides. Si, como es verosímil, el apóstrofe: «¡No te avergüenzas, oh Demóstenes, á la edad que ya cuentas, de ser acusado por los jóvenes, de corrupción y soborno!», iba relacionado con el recuerdo de las censuras que incidentalmente había dirigido el gran orador á la juventud de entonces, por su inmoderación en el beber ³⁾, claro es que ha de resultar más odioso y repulsivo. Si se necesitase una prueba del grado de desmoralización y desconcierto en que yacía Atenas, bastaría con señalar rasgos como estos, sólo posibles allí donde la pasión política, ya desencadenada, sofoca toda moderación y todo sentimiento de equidad y justicia.

No se sabe si Hipérides debió á su nueva actitud para con Demóstenes, el haber sido de allí adelante el director de los des-

¹⁾ Harpocracion, *vide Παρεται ὄφεις*.

²⁾ Apsines, *Rhet.*, t. 9, p. 547. Véase 532 de Walz. Anon., *In Hermog.*, t. 4, página 425.

³⁾ Prisc., 18, 25, p. 219 de Krehl: Ὑπερίδης κατὰ Δημοσθένους: ἀλλὰ τοὺς νεωτέρους ἐπὶ βοήθειαν καλεῖς, οὗς ὕβριτες καὶ ἐλοιδοροῦ ἀκρακώτωνος ἀποκαλῶν. Véase Ateneo, 10, p. 424, d: τῷ δὲ ἀκρατέστερον Ὑπερίδης κέχρηται ἐν τῷ κατὰ Δημοσθένους, γράφων οὕτως: εἰ μὲν τις ἀκρατέστερον ἔπιεν, ἐλπίει σέ.

tinios de Atenas. Al mismo tiempo que la muerte de Alejandro, ocurrida poco después, le proporcionaba ocasión de llevar á la práctica el plan largo tiempo meditado, la apurada aunque efímera situación de Macedonia, podía hacerle aguardar un éxito; Focion, por el contrario, estaba muy lejos de participar de tan halagüeñas esperanzas ¹⁾. En los discursos que un historiador de los sucesores de Alejandro, Dexipo, pone en boca de Focion y de Hipérides, se encuentra expresado este contraste. La hipótesis de que el de este último podía encerrar ideas y opiniones realmente formuladas por Hipérides en aquel tiempo, apenas podría defenderse; pues lo que en él hallamos, no es más que simples lugares comunes y artificios retóricos, sin relación estrecha con los sucesos de entonces. Pero si las esperanzas de que no se hubieran perdido completamente sus obras, á pesar de haber sido más justificadas y frecuentes que las que se abrigaron de encontrar las producciones de cualquier otro escritor antiguo ²⁾, han resultado defraudadas, se han visto en cambio satisfechas en una arenga, la última sin duda, si no pronunciada, publicada al menos por Hipérides, y cuya causa determinante es bien fácil de comprender. Aunque era realmente íntima la amistad que le unía á Leostenes, jefe de las huestes atenienses ³⁾, son más bien sus propias impresiones las que vemos expresadas en las palabras con que describe los sentimientos del caudillo: «Leostenes vió la Grecia abatida y humillada, arruinada por aquellos á quienes Filipo y Alejandro habían comprado para atacar á su propia patria; vió que nuestra ciudad necesitaba un hombre, y la Grecia una ciudad que se colocase al frente de ella para resistir al enemigo, y Leostenes se dió á nuestra ciudad, y Atenas á la Grecia para recobrar la libertad perdida ⁴⁾». No es preciso hacer resaltar, comparándolo con los ejemplos hasta aquí citados de la oratoria de Esquines, el carácter completamente distinto que ostenta este pasaje, cuya ampulosidad y alambicamiento responden á las exigencias del género epidéctico, á que pertenece el *Epitáfico*, del cual tomamos las palabras citadas.

¹⁾ Véase Plutarco, *Vita Phoc.*, c. 23; *De sui laude*, c. 17.

²⁾ Háblase especialmente de un manuscrito con escolios, de todos los discursos de Hipérides, que se dice existía en la biblioteca del rey Matias Corvino.

³⁾ Plutarco.

⁴⁾ *Epitáfico*.